

Testimonio de emigrantes

Nilda Bartolomé Sendín

Antes de comenzar lo que a continuación voy a relatar deseo agradecer a la Colonia Salmantina y a todas las personas que de una forma u otra tuvieron la iniciativa y feliz idea de que se diera a conocer la trayectoria de los emigrantes españoles en Cuba. En mi caso muy particular tiene un significado especialísimo, pues tengo la oportunidad de que reciban una visión y la forma de darles a conocer a los mejores españoles, emigrantes y padres que pudieran existir. Gracias nuevamente a todos por esta consideración al poder referirme a ellos.

Mi padre: Miguel Bartolomé Santos, hijo de José Bartolomé Petisco y María Santos Seisdedos llegaron a Cuba en el año 1915, acompañados de sus hijos, mis tíos, Antonio, Concepción, Teresa y Encarnación.

Mi madre: Elvira Sendín Bartolomé, llegó en el mismo barco que mi padre (eran parientes), acompañada de su padre, Miguel Sendín, y el mayor de sus hermanos, Manuel Sendín Bartolomé. Mi abuela, Isabel Bartolomé Benito, quedó en España con otro hijo al cuidado de las tierras que poseían.

Toda esta familia se agrupó para vivir en la calle 19 y Baños, hoy conocida por la calle E en el Vedado. Era como una casa de inquilinato con distintas habitaciones que se alquilaban independientes, la parte mayor fue adquirida por los Bartolomé y mi madre, su padre y hermano arrendaron una habitación en el mismo lugar. La madre de mi padre traía la encomienda enorme y de tanta responsabilidad de cuidar de mi madre como si fuera una de las propias hijas y así lo hizo. Enseguida comenzó el duro bregar de buscar trabajo para mantener aquellas dos familias y que parecieran una sola. Los hombres hicieron varios trabajos, como construcción, vender viandas y otros.

Mi padre comenzó a trabajar en la obras del malecón de La Habana junto a su hermano, el trabajo era duro para mi abuelo paterno, que comenzó a tra-

bajar en una panadería, así paso algún tiempo y del malecón pasaron a trabajar en las obras de los Baños de Carneado, aquí muy cerca de donde vivimos en la actualidad. Mis tías que eran un poco mayores que mi madre (ésta casi una niña), fueron encontrando sus futuros esposos, todos magníficos hombres. Mi tío Hilario Regadera Martín natural de Berrocal de Salvatierra se casó con mi tía Concepción, mi tía Teresa conoció al también magnífico Guillermo Fernández, de oficio carpintero y Encarnación se casó con Benjamín García, todos de Salamanca. También mi tío Antonio se casó con Carmen Pidre, ésta de Galicia, magnífica esposa y después madre. Todos comenzaban a hacer sus vidas, tener hijos y quererse cada vez más.

Mi padre, a su regreso de España, (ya que había vuelto para participar en la guerra contra los moros¹), comenzó a trabajar en una panadería. Así pasaron dos años de intenso trabajo y mi padre tomó la mejor decisión que tuvo en su vida, palabras textuales, que fue la de desposar a mi madre. Se casaron el 24 de noviembre de 1917, mi madre con 17 años y mi padre con 26. Se acompañan fotos que acreditan su alistamiento en las filas militares, ya todos independizados aunque bajo la tutela de mi abuela paterna que era la regente de la familia. Comienzan a llegar los hijos, después de mudarse ya para otras casas que tenían más comodidades. Mi padre comenzó a trabajar en la Caja General de Obreros de Ferrocarriles y Tranvías, era conductor. Al año siguiente nació la primera hija llamada Elvira, como mi madre. Esa era la flor de la casa, también muy querida por mis abuelos paternos.

Mi abuelo materno con su hijo Manuel salieron de Cuba hacia la Argentina y después regresaron a España, donde ya se quedaron para siempre.

El día 28 de junio de 1920 nació mi hermano Miguel y el 22 de diciembre de 1921 mi hermano Alberto, la familia crecía, y mi padre hizo con su gran esfuerzo una casa para albergar a ésta que parecía que se agrandaría mucho más. Tengo los documentos en mi poder de la compra de los materiales para la construcción de esta casa, la compra del terreno, la solicitud de la electricidad, todo esto fue en Marianao, muy cerca de la casa que a su vez había construido también mi abuela paterna, así que seguíamos manteniendo una unión cada vez más estrecha, ya familiar.

Mi padre y mi madre eran felicísimos, jamás se oía una voz más alta que la otra, le dieron educación a sus hijos en escuelas que los hacían hombres de bien. Mis hermanos estudiaban hasta que tuvieron edad para trabajar y así comenzaron a ayudar en la casa con su aporte, que facilitaba el poder vivir más holgadamente. Mi hermana la mayor hizo sus estudios, además de lo que

¹ Se refiere a las guerras de Marruecos de finales de la primera década del S. XX. (N.E.).

se aprendía en aquella época, coser, bordar, etc. También comenzó a trabajar en una sastrería que se llamaba en aquel momento “La Ciudad de Londres”, que está en el corazón de La Habana. Mi madre trabajaba muchísimo en la casa, pero así y todo después de un tiempo grande en que tuvo al último hijo de la primera tanda (13 años), pues llegué yo, que mi nombre es Nilda, enseguida llegó mi hermana Sarita y 3 años después mi hermano Óscar. En conclusión, mis padres tuvieron seis hijos, tres hombres y tres mujeres. Mis hermanos trabajaban en un supermercado que se llamaba Kolimart y en sus ratos libres jugaban football en la Tropical. Recuerdo cómo tenían las piernas estropeadas de los golpes que recibían, en aquellos tiempos no existían todas las protecciones que existen ahora para este juego.

Mi padre seguía trabajando en los tranvías y una de nuestras diversiones más grandes era cuando tenía un turno durante el día que pasaba el tranvía cerca de la casa y nos poníamos de acuerdo y nos llevaba a los tres más pequeños junto a mi madre a pasear hasta donde llegaba la línea y volvíamos. Nos citábamos a la hora que pasaría y dos o tres cuabras antes de llegar donde estábamos esperando, hacía sonar la campana que tenía el tranvía, nos recogía y nos daba el gran paseo. Para nosotros era como viajar en un Mercedes Benz.

Ésta era nuestra vida muy feliz. Cuando me refiero, como lo hago al principio en este testimonio, de lo que significaban ellos como españoles emigrantes, era que no se cansaban de hablarnos de España. Cómo se vivía allí, cómo se trabajaba, cuando había fiestas, cuando salían a trabajar al campo, cuando había “matanza”, que era un momento tremendo, pues se mataban los puercos y siempre nos decía mi madre que del puercos se aprovechaba todo, hasta las tripas y la sangre, pues con esto se hacían las morcillas. Nosotros tenemos anécdotas graciosas e inolvidables, nos enseñaban los cantos, los juegos... Había uno que consistía en pellizcar la mano del niño y se decía “pinto liminto de calabacita, que vende las peras a 25, en qué lugar, en qué calleja...”. En Pascuas y Noche Buena, salíamos a cenar a casa de la abuela, íbamos cantando por la calle “levántate morenita, levántate resalada”, los criollos salían a vernos pasar y todo el mundo se sonreía y disfrutaban de aquella faceta española. Ya todos estos recuerdos se van disolviendo en la memoria. Estos juegos no solamente los enseñaban a nosotros, sus hijos, también los pasaban a los nietos. Ahora recuerdo que había otro juego que se hacía con un hueso de la pata de puercos, que se le daba vueltas y quería decir algo simpático, repito se están yendo de la mente estas cosas que tan felices nos hacían en esa época.

Siempre hablaban de España, siempre había algo que contar, pero también tenían muy adentro el cariño enorme que sentían por Cuba, a veces mi madre no sabía qué contestar cuando le preguntábamos a quién más quería a España o a Cuba.

Vuelvo a mi padre obrero. Se retiró en el año 1963, ya para descansar en la casa y ayudar a mi madre. Murió en el 17 de diciembre de 1976, por lo tanto tuvieron la unión más feliz que he podido comprobar, 59 años de matrimonio felicísimo. Como era de esperar, mi madre no tenía consuelo, y yo había comenzado a trabajar en un lugar muy prestigioso, hacía sólo unos meses, pero fueron muy consecuentes conmigo y me permitieron quedarme algunas semanas junto a mi madre. Ella misma me pidió que comenzara de nuevo a trabajar y así lo hice, dejándola sola.

Como aclaración, y para que no queden espacios abiertos, también señalo que mis hermanos mayores, Miguel y Alberto, se fueron para los Estados Unidos en el año 57 en busca de mejores condiciones de vida. Mi hermana la mayor, Elvira, y Sarita también se fueron, quedándonos solos mi hermano más chico y yo. Éste se casó y tenía su casa y su familia y yo vivía sola con mi madre. Mi hermano pequeño también falleció aquí en Cuba, 8 meses antes de mi madre, ella nunca lo supo, como en los dos casos anteriores, ya que nunca se lo dije. Comenzamos una vida nueva, faltándole a ella parte de su vida y a mí el padre cariñoso, fuerte de carácter, recto, pero a su vez dulcísimo y acogedor. Mi madre poco a poco fue asimilando aquel vacío que tenía en el alma y seguimos viviendo.

En el año 88 se organizó entre la embajada de España y la Línea Aérea Iberia, la Operación Añoranza, todos la conocemos, así que no tengo que explicar en que consistía. Hicimos gestiones al respecto y fuimos aceptados para viajar a España. Nos parecía mentira que nos pudiera suceder aquello, mi madre contaba con 89 años y mis compañeros de trabajo me decían que era un verdadero riesgo el hacer el viaje con una anciana, pero si alguien estaba disfrutando esto, era mi madre.

Le hice chequeo médico y todo estaba bien, así que todo se hizo como ella quería y se merecía, volver a lo suyo y a sus raíces. Todo fue organizado con una exquisitez tremenda y un orden absoluto. Se ofreció una cena de despedida el día que salimos en el restaurante “Papas” de la Marina Hemingway, con una atención especial, comida exquisita y trato inigualable. Salimos de allí bien tarde en la noche al restaurante Río Cristal, pues en aquella fecha se remodelaba el aeropuerto, allí se hizo el pre-chequeo, tomamos el ómnibus y fuimos directo al avión. Nos recibieron en el avión médicos que nos acompañaban por si cualquiera de los ancianos no se sintieran bien, casi todos pasaban los 75 años de edad y sólo un señor era mayor que mi madre. Contaba con 95 años, pero estaba tan encantado que los años no importaban.

Llegamos al aeropuerto de Madrid y fuimos instalados en el hotel “Barajas”, en el mismo aeropuerto, porque dos o tres días después cada uno salía para su región. No debo omitir que allí nos reunimos con los emigrantes españoles de otros países, Argentina, Paraguay, Ecuador, etc., Nos dieron

algún tiempo para que nos instaláramos y después se hizo una cena ya de proporciones gigantescas, con todos aquellos señores que parecía que se conocían de toda la vida. Aunque yo haga esta narración y luzca un poco fría, nadie que no haya vivido aquello puede comprender lo que pasaba por el alma de todos aquellos ancianos pensando muchos qué se encontrarían, cómo la pasarían, a dónde iban a parar, ¿quedaría alguien de la familia que hace tantísimos años no veíamos? Por ejemplo, mi madre había salido de España 73 años antes, es de entender cómo estaban los ancianos, aunque les confieso que era yo la asustada, ella disfrutaba hasta lo más mínimo y además era incansable a cuantas invitaciones nos hacían, yo destruida por el estrés y ella dispuesta a todo. Después de la cena de aquella noche nos llevaban a una taberna, donde casi todos lo estaban eran de la tercera edad, se disfrutaba, se cantaba, todo con mesura, aunque para ellos era en intensidad. No hubo un solo participante enfermo, ni sintiéndose mal. Regresamos al hotel con la advertencia de que teníamos que levantarnos temprano, pues habían actividades que cumplir, dimos vueltas en ómnibus por lugares maravillosos de la ciudad, fuimos a una feria que se llamaba “España fuera de España”, regresamos al hotel, descansamos un poco y volvimos a reunirnos para sacar fotos, encontrarse con las nuevas amistades y disfrutar de aquel sueño maravilloso.

Me advirtieron que se habían hecho gestiones de anunciar en la prensa de Salamanca que llegaban salmantinos que llevaban muchos años fuera de su país y que cualquiera que reconociera el apellido como de algún pariente y estaba dispuesto a albergarlo en sus casa, que lo hiciera, así surgió otra faceta de nuestras vidas, encontrar familias después de tanto tiempo fuera. Respondió a esta reclamación una nieta de uno de los hermanos de mi madre, que tenía su mismo apellido, entonces ya sabíamos a donde iríamos. Si no hubiera surgido nadie, la Embajada e Iberia alquilarían un hotel por un período de tiempo prudencial, para que se disfrutara el viaje.

A la mañana siguiente también nos levantamos temprano y después del desayuno nos llevaron al Palacio Real, porque el Rey nos iba a recibir, como comprenderán no salíamos de una sorpresa para entrar en otra. Ésta fue especialmente emocionante para mi madre, pues aquí en Cuba, cuando veía retratado al rey Don Juan Carlos, nos hablaba de que ella había conocido a su padre Don Alfonso², claro, no personalmente, y llegó la hora. Todos íbamos elegantísimos y expectantes, jamás me hubiera pasado por la mente que en alguna ocasión conoceríamos a un Rey, y así fue, nos recibió con una dulzura

² El padre de S.M. Juan Carlos I era don Juan de Borbón, Conde de Barcelona, que no reinó, siendo éste hijo de Alfonso XIII, quien reinó hasta 1931, año en que se instauró la II República. (N.E.).

enorme, con delicadeza, no importaba que no hiciéramos reverencias, ni conociéramos de protocolo, después de que ya habíamos pasado por su lado preguntó cuáles venían de Cuba, le hicimos señas y vino a hablar con nosotros. Mi madre, como es natural, lo miraba casi sin creerlo, y le contó que había conocido a su padre a través de la prensa de la época, a él le agradó la noticia y también mi madre le preguntó cuándo venía a Cuba. Nos contestó que eso era muy protocolar (*sic*) y que no tenía noticias de cuando era el momento más apropiado. Permanecimos un buen tiempo haciendo anécdotas y él escuchó a todos. Nos marchamos de allí y cuando salimos de aquel lugar maravilloso, nos parecía que habíamos estado en la antesala del cielo.

Volvimos al hotel y de allí salimos por carretera nosotros, los que íbamos para Castilla, los demás cada uno a su rumbo, con la promesa fiel de volvermos a encontrar, hubo besos, fotos, muchas fotos, regalos, muchos regalos y la despedida. Los que íbamos a Salamanca hicimos escala en el hotel Meliá de Valladolid, allí después de descansar volvimos a cenar y cada uno podía llamar a quién quisiera y a donde quisieran. Llamé a mi hermana y a un hermano, porque los demás ya habían fallecido en un accidente de tránsito, mi hermano Alberto y mi hermana Sara, claro, que de esto mi madre no sabía nada, yo me encargaba de escribirle, como si fuera cada uno de ellos y nunca se enteró que de ya no los vería más. Su alegría era enorme al hablar con sus hijos y nietos, y después de desayunar al día siguiente seguimos de viaje hacia Salamanca.

Allí nos esperaba una grandiosa sorpresa, muy emocionante, fue el encuentro con la familia que no conocíamos y que nos acogieron como si nos hubieran visto hacía sólo unos días. Ella es Carmen Sendín, nieta de un hermano de mi madre, Eladio Quelle, su esposo y tres muchachos preciosos, muy educados y cariñosos que le hicieron la estancia en su casa a mi madre muy feliz, salíamos a pasear a enseñarnos la ciudad, conocimos la Universidad, la Casa de las Conchas, etc. Teníamos una cita con el alcalde y después con TV Española, donde le hicieron una entrevista a mi madre. La prensa escribió sobre nosotras, mi madre se sentía la mujer más importante del mundo y yo seguía con mi estrés.

Varios días después nos fuimos a Villarino de Aires y este fue otro encuentro mayúsculo, volver al pueblo donde nos recibió el alcalde, el boticario y el tamborero y el pequeño que acompañaba a mi madre cuando llevaba la cena a los obreros al campo y ella le dijo “pero qué viejo estás”, todos se reían. A mi madre le parecía mentira volver a la iglesia donde cantaba cuando era pequeña, muchas mujeres del pueblo la saludaban muy cariñosas, vio su casa, claro muy cambiada y después nos fuimos para la casa de la familia a descansar y a preparar la cena en una estufa para todo el que quisiera ir. Se comió, se bebió se cantó y aquello no terminaba, llegaba la tía fulana (*sic*)

y el tío mengano (*sic*) y así estuvimos varios días hasta que regresamos a Salamanca.

Allí nos esperaba una invitación para conocer al futuro presidente de España, señor Aznar, que también fue gentilísimo con todos nosotros. Seguimos paseando, a la iglesia, las tiendas, restaurantes, muchas peras comía mi madre y yo uvas. Pero se iba acercando el día de regreso, pues ya casi había pasado un mes y aunque Iberia nos dijo que podíamos quedarnos cuanto quisiéramos, dijimos que había obligaciones que cumplir, pues yo debía comenzar a trabajar. Mi madre se fue de tiendas con la nieta y yo hacía algunas llamadas a personas conocidas en Madrid. Ella se compró unos zapatos muy bonitos, pero le hicieron una herida en el pie que le molestaba un poco. Llegó el día de la despedida, llegó el taxi que nos envió Iberia para llevarnos hasta el aeropuerto y nos despedimos, como es natural con lágrimas en los ojos, creo que la vida de aquella buena gente también cambió un poco y así nos lo hicieron saber. Llegamos a La Habana, donde nos esperaban familiares y amigos.

Mi madre siguió con la molestia en el pie, que no se sanaba. Regresamos un 24 de noviembre de 1988 y ella cumplía años el 20 de diciembre, le di una fiesta grande, pero ese día tuvo la fatalidad que le dio una isquemia transitoria. No dejó secuelas, pero las piernas se le inflamaron mucho, tenía que hacer reposo, no se acostumbraba a no hacer nada y se mortificaba, no mejorando a pesar de tener una atención especialísima, hasta que le dio un derrame cerebral y murió algún tiempo después de regresar de España, estaba esperando volver a su patria querida y regresar a la otra tan querida, también.

Este es el testimonio de los emigrantes que a mí me tocaron. Me siento muy orgullosa de ellos, los quise mucho y fueron los mejores padres, españoles emigrantes del mundo.

Mantengo correspondencia con la familia de España y espero poder verlos alguna vez.

De todo lo que aquí expongo hay constancia escrita y fotos a disposición del que quiera verlas.